

LAS VOCES

UNA VOZ

—En todo tiempo los dubitadores, los incrédulos, los fuertes, han llamado á Alguno, aunque hayan permanecido fuera. Han desafiado el hedor que exhala el sepulcro; hablaban á la sombra colosal con la frente alta, y dispuestos á sufrirlo todo, sin miedo, dispuestos á verlo todo, tranquilos miraban de frente el cielo negro, y el sordo firmamento velado por la obscuridad, feroces, esperando la caída de alguna estrella.

Ciertamente, esos curiosos, esos atrevidos ignorantes, esos luchadores, esos espíritus, esos hombres eran grandes, y eran pensadores de alma firme y resuelta que lanzaban á la noche aquel reto de luz.

Investigador, ¿hallarás tú lo que no hallaron ellos? Pensador, ¿meditarás tú más allá de lo que ellos han meditado?

OTRA VOZ

Los montes son viejos; cien veces, y cien veces seculares, mudos, vestidos de obscuridad bajo sus capas polares, su monstruosa edad espanta al espíritu; en su frente tenebrosa está escrito todo un mundo; sobre su cabeza nevó la áspera nieve de los días; el tiempo es un trozo de su masa; su cima, desde lejos lúgubre perfil que de cerca se borra, suelta al viento una espesa barba de selvas; ellos han visto pasar al rededor de sus silencios; todos los lutos, todos los desfallecimientos, todas las muertes; han visto desmoronarse los astros en los pozos del horror infinito y sordo; después de muchos millares de años, tienen el cansancio de ser. Pues bien: contra sus negros flancos decrepitos, el viento traidor, el temporal furioso, el fiero rayo, el gusano que serpentea en la sombra inmensa del invierno, el feroz huracán que enjuga en las grandes cumbres su cabellera de aire, de tempestad y de lluvia, el aquilón que vuelve cuando se cree que huye, el pedrisco, y la avalancha, y la tromba y el ruido, todas las visiones de las pavorosas nubes, la tormenta y sus choques, el cierzo y sus silbidos; se encarnizan, y bajo su dosel de brumas, ni siquiera hacen mover á aquellos espantables ancianos.

Sé como ellos. Si vas hacia el terrible espacio, no vaciles, hombre, y conserva una calma horrible.

OTRA VOZ

Los rudos leñadores han venido al bosque.

—Si no ves, niega, y si ves, duda,—dijo Crates.— Zenón, Gorgias, Pitágoras, Plauto y Séneca han dicho: Si ves, sigue negando. Bacon ha dicho: —He aquí el objeto, el ser, el cuerpo, el hecho. No salgáis de él; porque fuera de él todo tiembla. —¿Cuál es este mundo?, ha dicho Tales. Apolodoro ha dicho: Es tiniebla [noche] que ceniza adora. Y Demonax de Chipre, Epicarmo de Cos, Pirrón, el gran errante de los montes y de los ecos, han contestado: —Todo es fantasma. No hay tipo. Todo es larva. —Y humo, repuso Aristipo. —¡Sueño!, dijo Sergio, el fatal asirio. —Encuentro de átomos y átomos, y ¡nada! Estas negras palabras fueron lanzadas por Demócrito. Esopo dijo: —¡Abajo, mundo, máscara hipócrita!—Epicuro, que nace en el mes Gamelión; y Job, que habla al gusano; Dan, que habla al león; Amós, y Juan, turbado por los apocalipsis, han dicho: —No se le ve sino á través de los eclipses. —El ser es el primer texto y el hombre el segundo; legible en la flor y en el árbol fecundo y en el apacible éter de los cielos que nada irrita, la naturaleza en el hombre está oscura y mal transcrita; esto ha proclamado el árabe Alchindé. Cardán ha dicho: —¡Este mundo es un ataúd cerrado! Filotades dijo: —¡Milagro, altar, creencia, dogma y religión, se

derriten bajo la ciencia; Dios, montón de nieve que se deshiela bajo el espíritu humano! Y Kant, el de la vasta frente, Montaigne, Fichte y Hegel se inclinaron, mientras el maestro, gran reidor, Rabeláis, cuchi-cheaba sobre el abismo: —Tal vez. Diógenes exclamó: —¡Antorchas, antorchas! Shakespeare, encorvado sobre las tumbas, murmuró: —Fosero, ¿cuánto pesa Dios en tu pala? Y Juan Pablo repuso: —Lo que el hombre llama de este modo es el vago brillo que tiembla sobre la suerte; es la fosforescencia impalpable que sale de la inconmensurable y lúgubre materia; Dios es el fuego fatuo del mundo cementerio.—Dante levantó los brazos exclamando: —¿Por qué?—¡Oh noche!, yo espero que Pan se afirme y diga: Yo. ¿Cuál es el sentido de las palabras fe, conciencia humana, razón, deber?, ha dicho el pálido Anaximenes. Locke dijo: —Se ve mal con estos aparejos. Reuchlin preguntó: —¿Qué son los soles? ¿Son picotas ó apoteosis? Lucrecio dijo: —¿Cuál es la naturaleza de las cosas?, dijo: todo es sordo, falso, mudo, falaz. Bajo esta inmensa muerte, ¿hay alguno vivo? ¿Se siente un alma en el fondo de la substancia, y el ser no está por entero en esta palabra: aparecer? La sombra engendra la noche. ¿De qué está seguro el hombre?

Y el cielo, el destino, la obscuridad, el firmamento, el misterio y la vida, y la tumba indignada, re-tumban todavía á consecuencia de aquellos hachazos.

no Salinas,

OTRA VOZ

¿Has visto á los pensadores irse á los cielos? ¿Los has visto partir altivos, sediciosos, lanzando en lo desconocido su voz terrorífica, esperando abusar de la confiada noche, meditando latrocinios prodigiosos, pensando en ir siempre más lejos y siempre más adelante, proponiéndose llegar á la primera fuente, al centro, al término, apoderarse de la sombra ó de la luz ó el ser y coger al vuelo el meteoro, arrebatados como Elías, alados como san Pablo, y encontrar el fondo, aún cuando para ello se debiera hacer el vacío, escalar el lívido misterio, la obscuridad, los cielos brumosos, los cielos encarnados con fractura de firmamentos y de soles? ¿Los has visto, huyendo, [con] blanco ropaje de cura, los brazos levantados de lo divino, decrecer y desaparecer en la sorda profundidad donde todo se desvanece? ¡Habla! ¿Y les has visto llegar á ser [del dominio] de la noche? ¿Te has quedado temblando, al buscar su vago rastro? Luego, mirando el éter, las tinieblas, las olas, pasando los días, las noches, solo en pie sobre la torre, oh meditador, ¿has visto á aquellos hombres á su regreso? ¿Los has visto descender nuevamente de la enorme penumbra?

Y tú, el obscuro trasnochador vestido con el saco de ceniza, dirigiéndote á la delantera de su desconcertada bandada, les has dicho: ¿Y bien, qué? ¿Y qué

te contestaron aquellos negros navegantes sin navío y sin velas? ¿Y qué trajeron aquellos pajareros de estrellas?

No trajeron nada más que frentes sin color, en las que nada había aumentado, á no ser la palidez.

Todos están hoscos después de aquella extraña aventura, cavilador. Todos, todos llevan impresas en su frente, uñas de ángel; todos tienen en la mirada como un pensamiento que huye; al salir de la penumbra todos tienen un aire monstruoso.

OTRA VOZ

Y ante todo, ¿de qué Dios quieres hablar? Precisa. ¿Cuál es el que tiene indeciso tu pensamiento?

Dí, ¿quieres hablar del Dios pintado de amarillo, de rojo, de azul, habitante de un triángulo donde llama una palabra hebrea; [del Dios de] faz dorada en el fondo de una espesa nube; [del representado] llevando corona, estola, espada y cetro, especie de emperador, vestido con manto de sol, teniendo el globo en el puño y Satán bajo su planta [dedo pulgar del pie], sentado en una silla de talla y dictando la sentencia de Arrio en Nicea y de Huss en Constancia; negando el género humano, concilio universal; sirviendo de mayúscula en los versículos del misal; Dios que mete á Galileo en la cárcel y á de Maistre de centinela al umbral del paraíso terrenal; Dios que en sueños, al ruido que en su choque producen en la inmensidad los rayos de oropel, bajo un gran dosel azulado que el astro adamasquina, distingue una vieja enseñándole los números de una quina; Dios gótico, irritable, intolerante, matador, negro ventanal pavoroso, al que tiñe de púrpura el brillo de la hoguera que detrás de él relumbra y chisporrotea?

¿Quieres hablar del Dios que por plegaria quiere la canción, al que se invoca chocando los vasos; Dios buen vividor, que ríe, comprende, sabe que la carne

es flaca, que es listo; Dios nada molesto, que vive en buena inteligencia con las pasiones de vuestra pobre ralea, excusando el pecado, explicándolo si es preciso, guiñándose el ojo con el diablo en un rincón, correteando, mirando al hombre en su haraganería, pero nunca por el lado que hace una tontería, y en el fondo no muy seguro él mismo de existir?

¿Quieres hablar del Dios que se ve en Versalles, subido en las carrozas del rey, bien nacido, siguiendo las modas, devolviendo á las Montespán los Bossuet comodones; Dios de corte, Dios de ciudad, expurgado cuidadosamente de todo humor brutal y de todo prejuicio, complaciente, según las morales mundanas, embotando con los Massillón á los Bridaines; Dios al que Dubois codea tranquilamente; Dios aceptado por la política y el siglo; soltando la rienda á su cielo; diciendo: París vale una misa; flexible y dulce, dispensando á los reyes de su promesa; permitiendo que Sánchez atemorice á Pascal, al banquero que ingrese el ciento por ciento, á la mujer fea que sea mala, y á la hermosa que sea infame; tolerando los caramellos (1) al juez, los pesos falsos á los mercaderes; hábil, emparejando á Nuestra Señora con Quincampoix; severo únicamente para con las cabezas que razonan; matando un poco á Ramús, anulando el edicto de Nantes, pero que con tal que en las grandes festividades sea uno pilar del templo y sea primo de un fabriquero ó mayordomo de iglesia y quiera que Roma crezca y reine en todo y que se lleve el pan bendito á la parroquia; os toma por amigos, os sostiene entusiastamente, os casa, trabaja en pro de vuestra prosperidad, habla á su excelencia y os empuja y procura

(1) Especies, dulces, confites que se regalaban á los jueces de ciertas causas.—(N. del T.).

un grado para los hijos mayores y un beneficio para los menores, en espera de la mitra ó los canonicatos; Dios fácil, sencillo, humilde, amable, útil cuando llega el caso, que se conforma, que tiene botica de indulgencias, de un poco de hipocresía y de un poco de práctica; dogma y religión de los devotos positivos que hace furtivos viajes de tiempo en tiempo; corres hacia la eternidad, el abismo, el misterio y lo insondable con este Dios por apeadero?

¿O hablamos del Dios militar, sangriento, que se inquieta poco porque comáis bellotas ó pan, pero que por ritos y por cultos quiere gladios, picas, cuervos (1), escorpiones, catapultas, arpeo horrible del que pende un barco entero, galápago con su cañizo recubierto de mortero, arietes fijos, chocando en los muros como proas, telenos llevándose soldados, torres con ruedas recubiertas de musgo y de crin de caballo; más tarde pedreros demoliendo alguna torre del homenaje rival, hasta que se convierta en ceniza y se disuelva; máquinas (2), falconetes, construcciones en recodo derribando las ciudadelas á su foso cenagoso,

(1) *Corbeaux* en francés, no tiene equivalente en castellano; antigua máquina de guerra, especie de garabato con un puente volante que se empleaba en los sitios y en los combates marítimos.—(N. del T.).

(2) El original dice *mangonneaux*, del latín *manganum*, derivado del griego *manganon*. arte, artificio, prestigio y máquina de guerra. Llamábase *mangonneau*, en singular, á una antigua máquina de guerra, con la cual se lanzaban piedras, balas y materias incendiarias; y también el mismo proyectil recibía igual denominación. El *mangonneau* ha sido confundido por algunos autores con la catapulta y la balista ó ballesta, de las que difería enteramente. Consistía en una báscula de brazos desiguales, el más largo de los cuales llevaba una cesta, una caja de madera, un saco de cuero, etc., receptáculo del proyectil, mientras que el brazo corto recibía la fuerza impulsiva, por medio de un contrapeso fijo, ó de una ó más cuerdas tiradas por hombres.

volcanes de fuego griego arrastrados por treinta yugos de bueyes, cañones venecianos, culebrinas lombardas; Dios diciendo á Coglione:—Unce á los lombardos, riéndose del mal lecho en que gimoteas, pobre herido; al que embriaga la batalla con todos sus ardidés, calderos de pez hirviente, hornos de balas rojas, que echa de sus tabucos á los alelados habitantes de la aldea; que sueña Te-deums; que se duerme á los acentos del obús Lancastre ó del mortero Paixhans; que cuando está ya terminada la mina bajo la brecha, presta si es preciso su rayo [trueno] para encender la mecha, y cuando la tierra se abre con un prolongado relámpago [rayo] se regodea al ver como salta la gente por el aire? Visión del pasado sufrida por el presente.

¿O hablas del Dios juzgador? ¡Peregrina humorada! ¿Dios canciller, llevando peluca infolio, vaciando el proceso hombre y el Ser embrollo? ¿Dios presidente, tomando asiento en la gran cámara universo, juzgando al alma, y bostezando, bajo un cielo de diciembre, entre el abogado ángel y el abogado demonio?

Dí, ¿es el Dios gauro, es el Dios mormón el que necesitas? ¿O el Dios que hizo enrodar á Labarre? Mira, escoge. ¿O el Dios que da al turco bárbaro la tumba y el firmamento llenos de mujeres? ¿O bien es el Dios que bajo las colgaduras de visperas ó maitines hace cantar lúgubrementé al hombre, que no es tal hombre, en las capillas sixtinas, y al que él, creador, se complace en escuchar?

¿O hablas del Dios que habría que inventar, que el miedo concede en la obscuridad al fenómeno, construído por los sabios sobre la sabiduría humana, útil á tu camarero, bueno para tu cocinero, moderador de

las sisas á los compradores, Dios de razón, en el fondo de su espectro solar, al que el burgués bonachón hace burla, destierra y tolera, Dios consentido por Locke y rehusado por Grimm, Altísimo á quien d'Holbach puso su visto bueno, Eterno fabricado por el [ser] viviente que pasa, intercolumnio del tiempo y del espacio, pieza de arquitectura añadida fuera de tiempo á la vida, al destino, al bien, al mal, á todo, vacilante torre del vacío y digresión del hombre?

Todos estos Dioses, cualquiera que sea el nombre con que se les llame, lo son todo, menos Dios.

El hombre abyecto necesita, siendo malo, un juez, y siendo repulsivo, de un testigo; quiere un Dios. Está bien; el hombre toma ladrillos, piedra, plomo, madera, y lo construye. Cada pueblo tiene el suyo; y la religión tiene la unidad por máscara y Legión por nombre.

Un templo ve la noche donde otro ve la aurora; Cheos adora á Ammón, que es ignorado por Jagrenat; para Delfos Odín no existe; la solimanieh afirma á Mahoma ligado por el dolmen. La tierra crea un monstruo y se pone bajo su custodia; y el gran cielo mira con estupor como crece aquel miserable Dios encima de vuestros estercoleros.

Nosotros, los espíritus que vagamos por la inmensidad, no nos preocupamos por tan poco. Y sin encarnizarnos con el brillo perdido, sin perseguir la obscura y pálida visión, sin exigirle una solución á la sombra, en las tinieblas nos burlamos de vuestro Brahma fetiche, Dios que mezcla en su barba infinidad de postizos, Dios mono para el negro y Dios peste en el Tibet, verdugo levantando sobre el hombre un

colosal patíbulo, buey en Memfis, dragón en Tiro, hidra en Caldea, quimera y no razón, ídolo y no idea.

Tu globo, viejo niño, se entretiene con ese juguete. Hombre, espíritu loco que Diógenes buscaba en vano, hombre, tú das compasión hasta á los seres del precipicio, hasta á la obscuridad que se estremece y sufre; porque tu mundo estrecho sueña un sueño limitado; se compone un Dios con su enfermedad, y en la abyección de sus vanas pasiones, instinto, ciencia, amor, cólera, guerras, odios, amasa tierra con eternidad y se hace una divinidad con su fango. Y cuando en su furia ó en su disolución ha formado, inepto, aquel pavoroso esbozo, aquel gigante mudo, sordo, ciego, duro, fatal, aquel espectro de sombra con el horror por pedestal, termina aquel Dios de fealdad, de impostura, de tinieblas, con el miedo que él tiene á la naturaleza.

¡Oh tú, que pasas por ahí!, ¿qué quieres?

*

Y yo:

—Quiero [saber] el nombre de lo verdadero,—grité lleno de pavor,—para [poder] repetirlo á la intranquila tierra.

OTRA VOZ

¿Tal vez, por casualidad, eres un poeta? ¿Quién te hace ser tan atrevido? Contesta, preguntón. ¿Vienes como Shakespeare á la torre de Elseneur? ¿Tendrías confianza, hombre cuya sombra huye de los pasos que se acercan demasiado, para entrar en la bruma donde se extingue la ciencia, para tentar el misterio, en el poder suave y siniestro de los cantos?

Sí, es cierto, el poeta es poderoso. ¿Quién lo ignora? Espíritu, fuerza y claridad salen de su voz sonora. Trofonio está solo en su cueva divina; el hombre le dice: ¡poeta! y el abismo: ¡adivino! Anfión canta y pone las piedras en movimiento; Lino errante deslumbra las pupilas del tigre; Homero está en la tumba, y su alma, á través, empuja hacia el Ganges á Alejandro, embriagado con sus versos; los fantasmas, tomando forma en lo más negro del antro, aparecen blanquecinos al llamamiento de los pálidos Crisóstomos; Isaías gritando: ¡Dios! ¡Desventura! hace relinchar al espantoso Sennaquerib que dice: ¡Voy allá! Eurípides, Sófocles, Esquilo, á quien mina un dios, son como el trípode de donde brota Salamina; Elías, á voluntad suya, vacía y lanza al pueblo Hebreo las flechas de la lluvia ó el carcaj de fuego; el áspero Archiloques con el martillo del yambo hunde el clavo sombrío del que Licambo colgará;

Dante, con la mirada fija en un hombre que pasaba, dijo: — ¡Yo te he visto en el infierno! — El hombre, pálido, baja á él. La enorme Marsellesa es un ruido de refriega. Tirteo es una lira pavorosa que vuela delante de los combates y de las movientes banderas, y que en pos de sí arrastra un pueblo por los vientos.

Los poetas profundos, hombres de la estatura de los elementos, del bien, del mal, de la naturaleza, vivían antaño, gigantes, familiarmente con la luz del día, con la noche, la sombra y la eternidad; teniendo siempre ante su alma y ante su pupila, el muro vertiginoso de la contemplación, meditaban; tenían en ellos la ciencia y la ignorancia; esparcidos, blanqueaban el fondo de las soledades; divagaban; tenían diversas actitudes. Unos, tranquilos, permanecían al lado de los vivos, con la barba en la palma de la mano, en la playa humana; veían pasar en revuelta mescolanza las muchedumbres, hombre, mujer, anciano, niño de teta, choques de gladios, paveses, códigos, costumbres, cadafalcos, las cimbras llenas de azul de los grandes arcos triunfales, el trono con su rey, el sacerdote con su libro; y ante toda aquella oleada, furibunda, clamorosa, ebria, triste, regocijada, confusa, violenta, inclemente, sorda, ignorando la caída y el áspero escarpe, desde lejos contemplaban la muerte, portazgo sombrío. Los demás se mantenían fuera de la tormenta terrestre, como si hubiesen muerto y hubiesen muerto al otro lado; dando tumbos hacia ellos miraban como la humanidad se precipitaba á sus pies y era tragada raza á raza; desde aquella cima asistían á la salida de los imperios, de los hechos, de los grandes acontecimientos, de los príncipes espumeantes de poderío y guerra, y veían pueblos, reyes, todo lo que en la negra noche arroja el sepulcro, inmenso vomitorio; resplandecían; sus

ojos serenos chispeaban; ellos mismos se convertían en sombra y en soplo y parecían al género humano, perdido en sus lóbregos delirios, fantasmas cantantes que pasaban llevando liras. Algunos, reconcentrados, sordos, no tenían otra mirada que el ojo interior luminoso y extraviado, y aquellos hombres sagrados que parecían manes, fuera del mundo, habitaban en el antro de sus cráneos. Otros vivían en los bosques y sus espíritus cavilaban, y dejando allí sus cuerpos, deslumbrados, viajaban; vagaban de ser en ser y del hecho á la causa, veían extenderse el árbol en apoteosis; caminaban, penetrando más allá de lo real, por la raíz hacia el abismo y por la flor al cielo; entraban todo lo posible en la creación, trenzaban lo intangible con lo inaccesible, estudiaban cómo se forjan los metales en la forja invisible de los martillos tenebrosos, y la savia, y el fuego de los volcanes y las paradas de las lavas bajo la espantosa corteza de los basaltos; el viento cantaba para ellos un sublime *pæan* (1); observaban el invierno, el huracán, el océano, la avalancha, el escollo, los granizos espesos, las olas, asustadas de tales epilepsias; y pensativos, asiendo, hasta los más altos cénits, las intersecciones de todos los infinitos, el paraje donde el bien da, el punto donde el mal ama, trataban de encontrar el punto fatal, supremo, terrible, sorprendente, oculto bajo la sombría mortaja donde todos los secretos se funden en uno sólo.

En las grutas de la India ó en las peñas de Eubea,

(1) *Pæan* ó *pean*, himno que cantaban los griegos, y luego los romanos á imitación de éstos, en honor á Apolo, para dar gracias, para vencer algún gran peligro inminente, ó cuando se creía haberlo conjurado. Se cantó luego á la primavera; más adelante, antes de entrar en batalla. Pasó á ser el nombre de una composición poética, de la que se encuentran modelos en Stesicoro, Simónides y Píndaro.

(N. del T.).

lugares donde siempre se cree estar sumido en la noche completa, en Glaris donde cantó la flor mandrágora, en Delfos, en Sunium, en la isla Elefanta, ó en la Bactriana, ó en la Sogdiana, ó en los montes que la funesta Diana llena, en los desiertos donde el ser parece moverse desprendiendo un poder sombrío y lúgubre, los pastores encontraban á un hombre cuya faz parecía un resplandor extraño del espacio, cuya boca hablaba, y cuyo extravío lo atraía todo hacia sí como un amante feroz; y todo temía á aquel hombre; y los brutos que huían se iban aún más espantados de su sombra, y toda cosa dulce triunfaba á sus pies, el cordero, el alba,—y era en efecto el poeta.

¿Y de qué vivía? Nadie lo sabe. Su alma aspiraba á lo desconocido como un dítamo poderoso; su carne se olvidaba; el hombre estaba disuelto en él; palpaba lo que hay debajo del espléndido universo; asistía en alma á las blancuras ideales, á las detonaciones de auroras boreales, á los diluvios que revolvían en sus vastos cienos hidras que parecían precipicios y montes, á los caos que combaten la vida, á los heroísmos de los globos que afrontan los rudos cataclismos, al milagro, al átomo; y su mirada veía nacimientos de edenes en el abismo inquieto, chorros de estrellas de oro, caídas de ruinas, y explosiones de creaciones sombrías. Y mientras él pensaba, inmóvil, viendo lo inaudito, lo ignorado, lo turbado, lo ondulante, las visiones, el azul indecible, fuegos, nimbos, máscaras crispadas de niños sollozando en el limbo y la antorcha del astro que iba á pegar fuego á mundos nuevos perdidos en el fondo del éter azul, y la larva, á través de las brumas decuplicadas, le crecían plantas por entre los dedos de los pies, y las hojas que realizan su obra sin ruido cubrían á aquel hombre como una encina durante la noche.

Y aquella formidable intimidación con el ser hacía de aquel soñador feroz, más que un sacerdote, más que un augur, más que un pontífice, un espíritu, un espectro á quien la radiante muerte sonreía. Y de ahí viene el inmenso poderío, cumbre de inmensidad, de espanto, de esencia que tiene el poeta santo y que se siente en sus versos. Los prodigios entreabiertos en el fondo del misterio mezclan su salvaje destello á su anchurosa alma casi hasta [llegar] al horror y llegar á la magia, y á veces, como un negro nadador, costea el círculo donde empieza el rojo del infierno.

Sí, el poeta puede lo que quiere; el poeta detiene hablándole al inmenso gipaeta; domina la ciudad y el desierto, puede unir el cielo y la tierra y en el mismo nudo, lo ideal á lo real, y tejer una tela con hilazas de cáñamo y rayos de estrella; de todo, del hecho, grande ó pequeño, de todo lo que se aprende, de todo lo que se construye, del progreso, de la tumba, de la materia misma, hace desprender una grande Urania azulada y suprema; pone por encima de la ciencia un techo sideral; hace ceder el odio y la espina y el mal de la zarza y del alma mala; tierno, se cierne por encima del horrible circo, y canta para los mártires un canto que da vergüenza á los leones; hace decir á la guerra civil: ¡olvidemos!; se apodera de los corazones lejanos de los pueblos y los mezcla; apareja la fe con la razón, su hermana gemela, calma á la muchedumbre, adormece á la ola, doma el fuego, cambia al hombre. ¡Lo puede todo!

Menos esto: nombrar á Dios. Nombrar á Dios de modo que lo comprenda el abismo. Lo puede todo menos esto: hacer que el alba serena, el lirio, el astro, la hidra, el encendido rayo, digan en la obscura extensión: ¡lo ha nombrado!

OTRA VOZ

¡Cállate! ¡Este nombre inaudito, refractario, se desborda de cualquier otro ser en el cielo y en la tierra!

Oh, caminante, ¿oyes tartamudear á la vez por todos los rumores y por todas las voces de la creación tenebrosa y circuída, en toda la extensión y en toda la duración, este nombre misterioso, enorme, ilimitado? La primavera y el otoño, y el invierno y el verano, son cuatro acentos diversos de este gran número que gruñe; la sílaba del viento no es la de la onda; cada ser dice la suya y la murmura aparte; el antílope le tiene miedo cuando es el leopardo quien la proclama en el fondo de la sombría selva, y la noche la pronuncia distintamente que la aurora. A veces el hombre se ha ocupado en alcanzar esta palabra, pero en vano; porque este nombre inefable está cortado en tantos trozos como criaturas existen; está esparcido á lo lejos en otras naturalezas; nadie posee de él el alfa, nadie el omega. Este nombre que nos legó el pasado al expirar será continuado por los que han de nacer; y el universo todo no tiene más que un objeto: ¡nombrar al ser!

Y han muerto soles y morirán soles; y el espacio donde se ilumina la estrella con la llama en la frente,